

A black cat with striking yellow eyes is the central focus, being gently held by a person's hands. The background is dark and moody, with the person's hair visible at the top. The overall tone is intimate and dramatic.

El destino de un
gato común **Álvaro**
Pombo

El coronel Ybarra es un exmilitar jubilado a punto de cumplir los ochenta. Los años de disciplina en el ejército han quedado atrás y ahora le espera una época de plácida vejez. Pero cuando su nieto Nicolás, un reflexivo niño de diez años distanciado de sus padres, se va a vivir con él, su vida toma un cauce inédito y le otorga la oportunidad de resarcirse de la fría relación que tuvo con su hijo Manuel en su infancia.

La presencia de un gato común europeo hará que se establezca entre ellos una relación triangular regida por la armonía, gracias a la «inteligencia inconsciente» del felino por un lado y a la inocencia del niño por el otro.

El destino de tres generaciones familiares y de un gato común en una nueva novela lúcida de Álvaro Pombo que reflexiona sobre la incomunicación entre generaciones, el paso del tiempo o el significado de la felicidad a través de unos personajes que traspasan las páginas del libro por su auténtica viveza.

Este relato está dedicado a Ignacio Laguna Aparicio, Iñaki, en recuerdo de estos tres acelerados meses de narración y de la meditación auditiva de los cuencos tibetanos.

1

El coronel y Nicolás han dejado de hablar y, sentados frente a frente, atienden absortos al tejemaneje de la arena gatera de Rudyard, enclaustrado en su retrete portátil instalado en el pasillo que une el comedor con la sala. El escarbado está durando más que de costumbre.

—Eso es porque le sientan mal las moscas, que las caza al vuelo y se las come luego. Yo mismo le quité una mosca ayer, medio comida. Pude cogerla por la única ala que le quedaba. Le enseñé la mosca a doña Nieves.

—No puede ser que coma moscas, Nicolás. Es impropio de un gato como el nuestro —declara el coronel, encendiéndose un Camel.

—¿Vas a fumar ahora, abuelo?

—Es solo este pitillo. Lo de la mosca me ha dejado mal sabor de boca.

—Eso lo entiendo. Y encima ha vomitado a mediodía un líquido verdoso. Lleva sin comer desde ayer.

—Mañana a primera hora va a la enfermería —decide el coronel Ybarra.

La enfermería abre a las diez. Llega primero el auxiliar, un chico joven que está terminando la carrera, después una veterinaria ceñuda que cobra las visitas y pone mal las inyecciones y un veterinario confortable que cojea un poco, de mediana edad, tirando a gordo, que es quien mejor entendió a Rudyard la primera vez. Va a ser un gatazo —dijo, según le instaló en la báscula portátil—. Rudyard pesaba entonces dos kilos ochocientos gramos y no maulló con las

vacunas. Mientras esperan en la calle, el coronel echa un pitillo y piensa que ha perdido el sentido del humor. La enfermería es toda una entreplanta dividida en cubículos sin puertas, separados entre sí por escalones y pasillos. Abren a las diez, pero a las nueve los lunes hay ya una larga cola de perros, gatos y personas de trapillo, con deterioros varios todos ellos. No obstante la formidable puntualidad del coronel, resulta difícil ser el primero de esa cola. Ya a las nueve hay dos o tres primeros que se turnan, con perros achacosos, no tan jóvenes, que llegan resignados con sobretodos y bozales. Todo el mundo va vestido a la diabla, los pantalones tanto de hombre como de mujer encima del pijama, nadie se ha peinado o lavado bien la cara a fin de llegar antes. Se van dando la vez unos a otros, pero no puede decirse que estén en correcta formación, sino más bien a discreción, ocupando a lo ancho toda la acera entre árbol y árbol. No se ladra mucho, no se habla mucho, no se maúlla mucho. Acaba de llegar un conejo blanco en una jaula blindada. A través de la rejilla de la portezuela se ve un hocico rosa, a ratos una oreja. Se trata en este momento de esperar toda una hora en una calle en cuesta, sombreada en primavera por acacias urbanas y congelada los inviernos. Matías es el único militar de este conjunto. Doña Nieves, que acarrea el trasportín, hace las veces de brigada. Nicolás es demasiado joven aún para hacer de subteniente. Un chaval espigado, de cara seria, pelo negro recortado. Tiene un aire concentrado y militar. Lo más elocuente que se oye es que se dan la vez unos a otros, viene a ser como dar la novedad. El coronel, Nicolás y doña Nieves —y Rudyard en su trasportín— aguantan a pie enjuto, en posición de descanso.

Hasta aquel mediodía —el día de autos— Rudyard había sido más que nada Barraquito y parecía una persona humana, un joven gato negro de fina estampa. Los dos tenían, abuelo y nieto, su propia colección de mordidas y arañazos, pero eso entra dentro del comportamiento jovial de

un joven gato. Aquel mediodía, poco antes de almorzar, los dos oyeron de pronto un estrepitoso aleteo, seguido de un inconfundible salto fuerte y seco. Era el signo de un ataque frontal de Rudyard a un vencejo, el primero de aquel año. El espectáculo es aterrador, una cacería en toda regla en su descarnada fase uno. El coronel se abalanzó a separarlos, el vencejo aleteó ya en su mano, clavándole las agudas garras-alfileres y chiando. Habían blindado la terraza con altas teleras, así que para echar el vencejo al aire se tuvo el coronel que encaramar en los palés del laurel y del naranjo. Nicolás le sujetaba malamente por las piernas. Por fin voló el vencejo echado al vacío, sintiendo mucho Nicolás no poder quedarse viéndolo entornar los ojos un poco todavía. Al echarlo a volar, respiraron ambos aliviados. ¿Tenía o no tenía Rudyard buenos sentimientos? ¿Era Rudyard bueno, o malo? ¿Era Rudyard o no era, además de Rudyard (por *El libro de la selva*), Barraquito, un felino callejero pero noble? Había llegado a casa del coronel a finales de febrero, y hasta mediados de mayo no se supo lo peor. Nicolás se quedó anonadado y hubo cuatro casos más. Solo en junio cuatro descarnadas cacerías salpicadas de chiídos y maullidos como rayos y centellas. ¿Adónde va a parar todo esto, este Rudyard felino? A lo largo de junio, julio y agosto, el coronel y Nicolás se miraron cara a cara y lo hablaron entre sí despavoridos.

Rudyard se vuelve Barraquito con el viento del oeste. Silba en las azoteas, sacude las contraventanas, tumba las sillas de las terrazas, tumba el hermoso laurel de copa redondeada que en los días soleados evoca la geometría francesa de un gran parque. El viento del oeste no deja dormir a Barraquito en paz durante el día, lo sobresalta intermitentemente. Silba el viento a mediodía y Barraquito se despierta alarmado. Es el viento afilado y alarmante de las azoteas y terrazas del Argüelles vecino del parque del Oeste. En la terraza del coronel Matías Ybarra ondea combativa y urgente la bandera española. Tabletea la tejavana de me-

tacrilato verde. Esos días da un poco de pena ver maldormir a Rudyard-Barraquito. Se ovilla y se desovilla demasiado. Ningunos almohadones —ni cuadrados ni redondos— esparcidos por el suelo le vienen bien del todo. Y no se le puede ya acunar, porque con nueve meses cumplidos es ya un gato cadete, embutido en su elegante uniforme negro con botonadura amarilla, como los oficiales japoneses de la Marina imperial.

Aquella primavera se retrasó la lluvia hasta mediados de abril. Hubo sequía invernal primero y primaveral después. Rudyard no tuvo, pues, experiencia de la lluvia ni de las bíblicas aguas, a excepción de la cisterna del baño, un grifo jaula de la cocina y su propia agua de beber, que esparcía con la patita, en momentos de gran excitación, como una ducha. La lluvia es, para nosotros los mortales todos —y esto incluye a Rudyard a título de gato—, una poderosa presencia invertida. El firmamento se desploma en vez de alzarse. El sol, en cambio, nunca es excesivo, ni en agosto. Ni siquiera el globalizado sol de hoy en día, cada vez más requisitorio. Con la lluvia, en cambio, no se puede uno arrellanar ni enroscar en los almohadones de los sillones de la terraza. Al sol se le engaña con sombrillas de colores. La lluvia, como Barraquito, como Nicolás, es incesante.

El coronel había maniobrado todo aquel invierno para quedarse con el nieto. Lo había logrado por fin a partir de noviembre con la impagable ayuda de Barraquito, el gato negro. La otra ayuda —no menos impagable— fue la propensión giróvaga, cada vez más acentuada, de Adelaida, la madre del niño, unida al ligeramente campanudo patriotismo empresarial de su hijo Manuel, cercano a la cuarentena y cada vez más lanzado a la extraterritorialidad aerodinámica del hombre de empresa.

La verdad es que el coronel Matías Ybarra, enclaustrado en su torre, pareció la mejor opción a partir de que el niño cumplió los diez años. Llegó un momento, en efecto, en que Manuel y Adelaida decidieron que no había autoridad

en la casa. Casi menos cuando la alocada autoridad materna contradecía intempestivamente la autoridad de las *misses* que cuando se quedaba el niño solo, maleducándose con toda la pompa imperial de los hijos únicos de la alta burguesía. A casa del abuelo iba de visita Nicolás dos veces al mes los fines de semana y ahí tenía su cuarto propio, pero era a todas luces una relación insuficiente, inestable, porque cuando Nicolás empezaba ya a divertirse los domingos por la tarde, que apagaban todas las luces y recorrían la casa con velas y linternas, tenía que regresar a casa de sus padres. La idea era que la casa del abuelo era un refugio paleolítico donde el fin de una raza estaba teniendo lugar y el comienzo de otra, el *homo sapiens*, y toda la alimentación consistía en comer bocadillos de chorizo y huevos fritos con patatas fritas. Aquello requería un plan de estabilización. El abuelo y el nieto se llevaban bien, pero el efecto de esa compañía se malbarataba a consecuencia de los traslados del niño a su propia casa tras gloriosos fines de semana de linternas y teas untadas de grasa animal, cuajadas de estalactitas y estalagmitas, con las que circulaban por los pasillos a oscuras, del salón a la cocina. Así que acabó decidiéndose que más valía que Nicolás se instalara a vivir con el abuelo, que haría las veces de tutor.

En casa del abuelo Ybarra las tardes de las primaveras, a principios, eran soñolientas casi hasta el final. Después de la cena, que era a las ocho, entre ocho y ocho y media, a partir de entonces, hasta casi las diez, aún hacía bueno. Barraquito podía quedarse en la terraza hasta las doce y también hasta esas horas el abuelo y Nicolás. La malteada noche, dejada atrás la media luz, se les echaba encima a los tres como un bosque cercano. A Barraquito le salía entonces el auténtico felino de barraca y feria que en el fondo era, saltando a gran velocidad de un tiesto a otro, trepando por los ficus y el prunus y el red robin, a la caza de recordados vencejos rasantes que anidaban a salvo ya a esas altu-

ras de la tarde en el agujero más alto de la pared lateral sin dar un ruido.

—Mal lo llevas, y peor tu chico, en casa de tu suegro, ahí metidos mal los dos —le decían a Adelaida sus amigas del alma, giróvagas también, de su cuerda.

—¡No veo por qué, no veo por qué! —respondía Adelaida, quien, al hablar de este asunto, sentía siempre una momentánea punzada de culpabilidad.

La repetición del «no veo por qué» significaba que sí veía un poco del porqué en las conversas viperinas de sus compañeras de *bridge* y cenas elegantes en casas de unas y otras. El niño está bien atendido —solía responder, frunciendo el ceño—, su abuelo es coronel de Estado Mayor. Lo cual era media verdad: Matías era coronel, aunque no de Estado Mayor. Porque le gustaba mandar tropa. Lo demás le aburrió siempre de muerte. Difuso sentimiento de culpabilidad, en resumidas cuentas. ¿Qué iba a hacer Adelaida? ¿Sentarse con el niño todo el santo día a mirarle? Eso se hace por temporadas con un gato, con un gigoló, con una pulsera de diamantes. Con un hijo, no se puede ni se debe hacer. Lo mejor es que tenga un preceptor. ¡Y qué mejor que el preceptor sea su propio abuelo!

El sentimiento de culpabilidad, por difuso que sea, por girovagante que se sea, no se va y se viene. Es un sentimiento-piedrecita de zapato, que o te descalzas y la sacas, o acaba siendo una tortura china.

2

Matías inició su carrera militar por motivos gimnásticos. Y también románticos: era un chico fuerte que sobresalía en todos los deportes del bachillerato, especialmente en la gimnasia deportiva con aparatos de la época. El romanticismo le vino del entusiasmo histórico y pictórico de un hermano de su padre con quien pasaba las tardes, domingos y festivos, viendo libros de pintura histórica. El tío Anselmo estaba convencido de que existía una correlación mágica entre nuestro físico y nuestra vocación: uno sale militar porque parece un soldado desde joven, o sale registrador de la propiedad porque desde joven ya da el tipo del burócrata. Semejante criterio, en su simplicidad, funcionó con el sobrino Matías con fascinante exactitud. Matías tenía ya a los quince el aire firme y vigoroso de un futuro cadete. Que esta correlación entre el aspecto y el alma pareciera a la vez definitiva e insustancial no impidió que Matías Ybarra lo creyera. Juntos, tío y sobrino, vieron películas de hazañas bélicas de antes y después de las dos guerras mundiales. Discutieron acerca del honor, el valor en retaguardia y en combate, la obediencia como virtud y como defecto en psicología. Y como virtud a secas en una teología estética que propiciaba el tío Anselmo. A esto se añadió un falangismo joseantoniano, poético, que concebía la muerte como un acto de servicio y decía de ella, como Luis Rosales, que tiene la clara valentía del viento entre los árboles. Una resuelta y poética voluntad de obediencia en suma. Del manual de historia de la filosofía de sexto curso sacó a su vez Ma-

tías Ybarra dos ocurrencias de Hegel que le parecieron exactas: «La libertad es una necesidad conocida». Y otra, algo más enrevesada: «Todo lo real es racional, todo lo racional es real». Así surgió Hegel en la conciencia de Matías, un Hegel a la vez enigmático y portable, cuyas dos únicas tesis del manual de historia podían discutirse con gran vehemencia en los recreos con el inspector, quien prudentemente corregía el frenesí microhegeliano del chaval mediante un casi: Casi todo lo real es racional, Matías. Y casi todo lo racional es real. Pero no todo, ni todas las veces. Este ajuste indignaba respetuosamente a Matías Ybarra aquellos años. Así fue como a la gimnasia deportiva y al romanticismo militar se les añadió el color de la filosofía. Todo era sobria, esforzadamente heroico y noble. También, cómo no, conmovedoramente ingenuo. En la Academia de Infantería de Toledo, Matías Ybarra se sintió, una vez más, ingenuamente hegeliano. Daba gusto verle defendiendo que el Estado, sus leyes e instituciones pertenecen a los individuos. La historia de ese Estado, la historia de España para Matías Ybarra, las acciones de sus antepasados, le pertenecían por lo tanto, vivían en su recuerdo y le hacían ser lo que quería ser. Todo ese acervo le parecía de su propiedad, se sentía poseído por ello, porque conformaba su sustancia, su ser. Parafraseaba a Hegel diciendo: Es plena la representación que ahora haces de ti mismo. Y tu voluntad consiste en querer estas leyes y esta patria, esta comunidad espiritual que es un ser: el espíritu de un pueblo. Al tratarse de un ser espiritual, todas sus determinaciones se unían en una entidad simple que se fijaba como un poder, como un ser, como una identificación individual con el Estado. Lo cual implicaba —para Matías como individuo— identificación, subordinación y abnegación. Matías resultó ser un cadete serio, un tanto ceñudo en ocasiones, muy aplicado y estudioso. La individualidad tenía que ser superada y acogida. El ideal de vida de Matías implicaba un rechazo de lo sentimental y un realismo constitucional, sin concesiones a

la conciencia moral subjetiva. Y así, en sus manuales de filosofía de entonces, leía Matías Ybarra que «la libertad implica para Hegel no tanto saberse absolutamente autónomo e independiente de todo, sino reconocerse en el marco institucional que hace posible cualquier libertad. Incluso reconocer como propias las determinaciones que ese marco jurídico representa». El Estado franquista era también una realización histórica de todo eso en opinión del joven Matías Ybarra, y su voluntad de servir quedaba integrada en él con toda la ingenua seriedad de que era capaz.

Sesenta años después, retirado del ejército, Matías Ybarra ve las cosas de otro modo. Nadie reniega del propio pasado. Como mucho, lo olvida a grandes tramos o lo recuerda a grandes trazos. El coronel es ahora una figura figurada, acabada, digna de verse, nobilísimo, silencioso, desilusionado en gran medida. Por eso la idea de acoger a su nieto le atrajo como una promesa de redención o de regreso, como una segunda oportunidad, no sabe uno bien de qué.

Matías Ybarra lleva años, desde su jubilación hasta ahora, o por lo menos hasta la llegada del nieto, pensando en escribir sus memorias: un libro de recuerdos y estampas, quizá no muy extenso e ilustrado con fotos. De estos últimos diez años han salido unos cien folios insulsos. El coronel Ybarra se lamenta al releerlos, un sentimiento de vergüenza familiar a casi cualquier escritor. Trasladar al papel lo imaginado, lo vivido, incluso lo observado atentamente, resulta enojoso en dos aspectos por lo menos: al compararlo con lo proyectado y al compararlo con textos ajenos análogos. En la Sala de Banderas había gozado de gran prestigio literario. Los oficiales y jefes del regimiento de infantería de Melilla le consideraban un militar ilustrado, muy por encima de ellos. Ahora, a solas, es otra cosa. ¿Y qué otra cosa es ahora? Aparte de no tener ahora una audiencia subordinada, que quizá secretamente cuenta de antemano con esta debilidad literaria del coronel del regimiento para

hacerse perdonar deslices paramilitares, tampoco cuenta con una desenvoltura narrativa bien ejercitada. La vida militar tuvo sus más y sus menos, no fue del todo heroica como Matías creyó de joven, pero sí fue una milicia de hombre honrado. Fue un oficial y fue un buen jefe. No fue innecesariamente benévolo. No fue innecesariamente duro o cruel. Fue un militar ilustrado en verdad, que leyó mucho. Ahora es el tiempo de la decepción. El ejército se ha modernizado mucho en estos años, ahora es el ejército de la democracia y las misiones internacionales. Los jóvenes oficiales son en conjunto mucho más cultos que lo fueron sus compañeros de promoción. Todo es satisfactorio. Solo él está insatisfecho consigo mismo. No ha alcanzado la sabiduría ni el bien. ¿Pero quién que es no se siente a su edad decepcionado por sí mismo? No se trata del éxito social. Haber llegado a coronel, haber hecho los cursos de general, ser apreciado por sus compañeros de armas, haber tenido una vida familiar equilibrada y honrada, ser rico por su casa, tener un hijo que destaca ahora por sus negocios y sus viajes profesionales, ¿no es eso ahora? La llegada de Nicolás ha sido una bendición. Nicolás ahora se confunde con el gato, y los tres conversan incesantemente, juegan, leen, estudian geografía. A ojos del coronel, la vida empieza a parecer, como sin querer, atrevida otra vez, luminosa, un acto de servicio. No tiene por qué acabar en el arrabal de una senectud estéril. ¿Cómo acabaré yo? ¿Cómo acabaremos nosotros tres? ¿Cómo será Nicolás dentro de diez años, cómo será Rudyard dentro de seis o diez años, cuando pese seis o siete kilos y sea el señor don Gato?

3

¿En qué sentido el padre de Nicolás, Manuel, resultó ser decepcionante para su propio padre? ¿No fue esa decepción un remoto sentimiento de culpabilidad patriarcal, que contra toda verosimilitud alza su escandalizada voz de protesta contra el hijo? ¿Qué tenía de malo el hijo que no tuviese igual el propio padre? ¿Es realmente un delito salir estudioso, bien parecido y, sin embargo, en vez de imposiblemente romántico y absurdo como el coronel Ybarra, salir normal, un pijo clásico de la calle de Serrano? ¿Qué es lo que hay que estudiar en esta vida: Empresariales o Historia de la Infantería Española? ¿Puede compararse en serio la altura de un alto ejecutivo del Banco Santander con un, digamos, teniente coronel de Regulares, de Ceuta o de Melilla? ¿Cómo en última instancia puede comprenderse este error genético de un hijo financiero a partir de un padre del Ejército de Tierra? ¿Emprendedor, por qué? ¿Qué significa emprendedor? Es tan obvio que el coronel Ybarra estaba siendo muy injusto con su hijo que toda una novela-río entera no desembocaría en el estuario atlántico de un porqué razonable y no por completo irracional. ¿Era bueno o malo, el coronel? ¿Era justo o injusto? Al mencionar esta miserable nota autobiográfica, ¿no queda devaluado, de una vez por todas, el abuelo Matías como abuelo, como preceptor y como padre? Enviudó siendo teniente coronel, pero no fue la viudedad la que trajo la soledad galopante. Fue solo su arrogancia empedernida, su mal talante juvenil. ¿Por qué no pudo llegar a general, alcanzar como es debido un ge-

neralato responsable? No fue por el divorcio. No lo fue. No fue por culpa de la estrepitosa carcundia del Caudillo, no lo fue, porque ya había fallecido. La ley de divorcio de Fernández Ordóñez se aprobó en 1981. Por aquel entonces el coronel Ybarra era como mucho comandante. Fue tan solo por su culpa, por su máxima culpa intransferible.

Con la jubilación llegó la figurada muerte, a paso ligero el gran extrañamiento, la otra cara del honor, el deshonor de la cabezonería y terquedad, la soledad culpable, la merecida desventura, la agotada existencia como un medallero encristalado colgado en el despacho, que nadie entiende ya. ¿Qué condecoración es esta, abuelo? —preguntaba el nieto—. Es la cruz a los sufrimientos por la patria, niño. ¿Te dieron por eso una medalla, abuelo?... Sí, una medalla pensionada, vaya... ¿Qué significa pensionada?... ¡Qué más da, Nicolás, qué más da eso!... Es que no sé qué significa, abuelo. No sé qué significa... ¡Significa un plus, que te pagan algo más, tampoco tanto! ¿Estás a gusto aquí conmigo?... Muy a gusto, sí, abuelo. Más mejor que en casa... ¡Pues qué bien!

¿Iba a conmoverse ahora el coronel Matías Ybarra? ¿Va a conmoverle un nieto de diez años? ¿Es posible ya cambiar a esas edades, cambiar de viejo el alma que se empeñó de adulto y se quedó más sola que la una?

En las terrazas de los baretos de Alberto Aguilera, los chicos del ICADE, el antiguo Areneros, tomaban copitas de fino y botellines de Cruzcampo. Y en la época universitaria de Manuel todavía pescado frito en la bodega andaluza. Ese era un hervidero de chicos estudiosos, con pulseras todavía con la bandera española, el ICADE era una institución exigente, muy apagada ya la ultraderecha política a mediados de los noventa, en los gobiernos de Aznar. Ahí relució Manuel en plena juventud, miembro de una derecha civilizada, ¿por qué no? Fueron años de bonanza económica que precedieron al patatrak milenial de 2008. Años todavía de echarse una novia homologada, empresarial también,